



Sergio Bizzio

ERA EL CIELO

INTERZONA

Sergio Bizzio

ERA EL CIELO



INTERZONA

INTERZONA

Bizzio, Sergio

Era el cielo. - 2ª ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2011.

192 p. ; 23x13 cm.

ISBN 978-987-1180-64-6

1. Narrativa Argentina . 2. Novela. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 30/03/2011

© Sergio Bizzio

1ra. edición: Buenos Aires, interZona, 2007

2 da. edición: Buenos Aires, interZona, 2011

© interZona editora, 2007

© interZona editora, 2011

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Tapa y composición: Hugo Pérez

Foto de tapa: Guido Indij

Corrección: Lorena Sinso

ISBN 978-987-1180-64-6

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

PRIMERA PARTE





Cuando llegué, dos hombres violaban a mi mujer. La escena me impactó con dosis iguales de incredulidad y de violencia, como si un niño acabara de golpearme con la fuerza de un gigante. Uno de los hombres, con el pantalón desabrochado, de pie frente a Diana, que estaba de rodillas, la sujetaba de la nuca con la misma mano en la que tenía un cuchillo, obligándola a hundir la cara en su entrepierna, mientras que el otro, desde atrás, inclinado sobre ella, le desprendía los botones del vestido.

Me paralicé en una torsión extraña, con las piernas a mitad de camino entre un paso y otro. Ahora escribo, selecciono y reconstruyo, y quizá sea esta la única torsión extraña (verdadera), pero en aquel momento apenas si pude creer lo que veía; sentí la misma combinación de vértigo y lentitud, de morosidad y agitación que sienten los que acaban de sufrir un accidente y moví la cabeza allá y aquí acompañando el recorrido de mis ojos por el cuadro como si la imagen fotográfica de ese primer vistazo hubiera estallado, ampliándose hasta volverse inabarcable. Después, por fin, me aparté de la ventana y pegué la espalda a la pared.

Lo primero que pensé fue que, si me veían, Diana podía morir. Una serie de molestias menores (un reborde en la cerradura que

dificultaba el paso de la llave; el zigzaguo por un living sobrepoblado de muebles, mesas, lámparas, sillas y sillones, para llegar a la cocina, cuando podía ir directamente hacia allí entrando por el pasillo exterior que bordea la casa) evitó que apareciera de pronto en la habitación, pero la ironía de que fuera una suerte no haberme encontrado cara a cara con ellos era tan leve que no la capté; en ese momento tuve miedo de que los latidos de mi corazón pudieran oírse a través de la pared. Todavía inmóvil, retrocedí mentalmente hacia la escena y noté que algo me había impactado más allá de la violación en sí misma: la suavidad, la trataban *con suavidad*. Eso, por increíble que parezca, anuló en mí todo impulso, toda espontaneidad, cualquiera de los muchos recursos a los que el lector echaría mano sin dudar y por lo cual decidirá que soy abyecto. La suavidad destilaba amenaza –enmascaraba una violencia capaz de dominar a su víctima desde la lógica, haciéndole entender que lo terrible ya ocurrió y reduciendo su resistencia al mínimo, a pequeños gestos y súplicas que son como los estremecimientos de un mal recuerdo–, pero también la promesa de que no iba a pasar nada horrible, nada horrible *más*. No había gritos ni grandes forcejeos. A los “no” y los “por favor” de Diana seguían unos “shh” menos pesados que el aire y aun así con una enorme capacidad para aplastar.

Volví a asomarme. La perspectiva, por entre las cortinas, me permitía verlos de cuerpo entero. Estaban a cuatro o cinco metros de la ventana, junto a la puerta del dormitorio, donde no había ningún desorden, excepto en la cama: la manta y las sábanas colgaban por un costado con los pliegues intactos, como una chorreadura de lava; probablemente la habían sorprendido en el living y la habían arrastrado hasta allí, de donde Diana intentó escapar. Los mínimos cambios que se habían producido mientras permanecí de espaldas contra la pared me apabullaron. El pantalón del hombre que estaba de pie había caído. Tenía piernas musculosas y ofensivamente pálidas y llevaba puesto un calzoncillo muy ajustado, estampado

con flores rojas, contra el que empujaba la cara de Diana. El segundo hombre le había quitado el corpiño y ahora le acariciaba los pezones con la punta de los dedos. Ya no se inclinaba sobre ella; estaba de rodillas, en la misma posición que Diana, apretándole desde atrás las piernas con las suyas. Por momentos enterraba la cabeza en su pelo y el cuchillo del primer hombre le rozaba la frente.

Nunca los había visto antes. Debían tener unos treinta años. Registré el dato con un escalofrío: eran bastante más jóvenes que Diana. El que estaba de pie era rubio, pálido, fibroso, enérgico. Mantenía la vista fija en la boca de Diana y se bamboleaba muy despacio adelante y atrás, con un sigilo de cazador que se cuida de espantar a su presa y que disfruta más de la maestría con que se acerca a ella que con su muerte. El otro tenía la cabeza rapada. Usaba sandalias de cuero y se agitaba sobre la espalda de Diana como un contrabajista.

Ninguno de los dos parecía nervioso o apurado. Pero a cualquier variante seguía una refriega, una lucha milimétrica que reavivaba mi temor a que la golpearan o la hirieran. Me aparté, respiré, volví a mirar. El hombre de la cabeza rapada la agarró de la cintura y la arrancó de la entrepierna del rubio para hacerla girar hacia él. Diana se incorporó de un salto, tironeando y sacudiéndose. Suplicó que la dejaran. El rubio la agarró de los brazos y, mientras el otro le quitaba el vestido, le dijo algo al oído; quizá le ordenó quedarse quieta, o le prometió que iba a ser rápido. Entonces Diana quiso llevarse las manos a la cara, pero el rubio seguía sujetándola de los brazos desde atrás; vi en sus ojos la necesidad de cubrirse y el desconcierto de no poder hacerlo y estuve a punto de gritar. Un momento después el hombre de la cabeza rapada le sacó la bombacha y Diana, ahora completamente desnuda, pareció rendirse.

La llevaron a la cama. La llevaron con el mismo aire de cortesía funcional con que se lleva a un anciano hasta su mecedora frente al jardín. Allí hubo un nuevo forcejeo: los hombres la soltaron al

mismo tiempo (el rubio para bajarse el calzoncillo y el rapado para bajarse el pantalón) y Diana se escabulló y corrió hasta la puerta, donde volvieron a atraparla. Cayeron los tres al suelo. Durante un momento nadie se movió ni dijo nada. Se quedaron quietos, mudos, respirando agitadamente, desarticulados, agarrados unos a otros, con las ropas a medio quitar, hasta que el rubio sacó un brazo del amasijo que eran y apoyó el cuchillo sobre los dientes de Diana, metiéndolo de canto entre sus labios. Le dijo algo y Diana asintió. La llevaron de vuelta a la cama. La acostaron boca arriba. El tipo de la cabeza rapada le abrió las piernas, se arrodilló entre ellas y dejó caer lentamente la boca sobre su sexo. Diana se arqueó.

El rubio la tenía agarrada de las muñecas y la miraba con aire melancólico, sin lascivia. Parecía haber descubierto un abismo entre la piel de Diana –levemente bronceada, apenas más blanca sobre los huesos al curvarse– y la sensibilidad de sus manos. Y de pronto, como si hubiera saltado ese abismo un minuto atrás y recién ahora, ya en el aire, decidiera alcanzarla, le apoyó las manos sobre las costillas y las deslizó arriba y abajo muy despacio, una y otra vez, sin dejar de admirar ni por un segundo la voracidad con que el rapado la chupaba. Después agarró una mano de Diana y la llevó hasta su entepierna. Al tocarlo Diana encogió el brazo, pero el rubio repitió la operación. Esta vez le mantuvo agarrada la mano con fuerza hasta que notó que Diana ya no la quitaría.

Me aparté otra vez. El rubio había dejado el cuchillo. Supuse que no sabía muy bien dónde (si a su izquierda o a su derecha) y calculé cuánto le llevaría encontrarlo si yo entraba de golpe a la habitación. Un segundo, a lo mejor dos, palpando rápidamente a un lado y a otro, pero ¿qué iba a hacer una vez adentro? Me agaché, pasé por debajo de la ventana y fui hasta el fondo de la casa. Alcé una piedra, volví a dejarla. En la parrilla había una serie de instrumentos de asador que alguna vez me regaló Diana, todos cromados, todos del mismo largo y todos igualmente inútiles. Agarré el atizador, lo sacudí en el aire y entré a la casa.

Me detuve al oír gemidos. Por entre los gemidos roncos y ahogados de uno de los hombres oí también un gemido de Diana, más débil y sinuoso y que aparecía y se perdía y volvía a aparecer, enroscado a los gemidos del hombre como un hilo apenas más angosto entre los cientos de hilos de un cable de acero. Eso bastó para aumentar el peso del hierro en mi mano; entendí que no alcanzaría a dar más de un golpe antes de que se echaran sobre mí, incluso aquel que lo recibiera. No tenía ni la mitad de la fuerza y la agilidad que tenían ellos. Nos matarían. Retrocedí, volví sobre mis pasos. Ahora el tipo de la cabeza rapada penetraba a Diana con enviones cada vez más rápidos. Acabó en silencio unos segundos después, apretando las mandíbulas, y el rubio ocupó su lugar. Cambiaron de posición sin ansiedad, e incluso con un cierto aplomo, como actores de cine porno. Diana obedeció a la presión de las manos del rubio y se dio vuelta. El rubio le indicó que se pusiera en cuatro patas. Después la agarró de la cintura y durante un momento se frotó literalmente contra sus nalgas, hasta que dejó de moverse. Parecía contrariado. El tipo de la cabeza rapada, sentado en el borde de la cama, con los codos sobre las piernas, brillante de sudor, giró para ver qué pasaba. Por un instante pensé que me habían visto y en lugar de apartarme confié en mi inmovilidad: más tarde, si todo salía “bien”, cuando los hombres ya se hubieran ido, uno de ellos registraría de pronto mi silueta en la ventana... Pero la razón de la pausa era menos prosaica de lo que temí: el rubio estiró un brazo, agarró el cuchillo y recién entonces recuperó la erección. La penetró por atrás. Diana alzó la cabeza, la dejó caer. Apoyada sobre los codos, a cada envión del rubio su pelo rozaba la cama.

Desvié la vista y miré alrededor. Miré nada más que para asegurarme de estar ahí. Hacía varios días que el cielo estaba limpio y que el sol proyectaba las mismas sombras, de las que yo empezaba a ser parte. Pensé, con ánimo de creerlo, que en el fondo era Diana quien manejaba la situación: en la medida en que no

podía hacer otra cosa, dosificaba su resistencia y su entrega, el volumen de su sometimiento. La idea me sonó absurda, entonces tanto como ahora; no atenuó mi angustia ni justificó mi inacción, no me *sirvió*. Sentí también el viento del ala de lo absurdo al recordar –como si fuera algo lejano– que hacía apenas una semana que estábamos juntos de nuevo. Durante los dos años que estuvimos separados no había dejado de pensar un solo día en la posibilidad de volver con ella. Diana era la única persona del mundo con la que yo me sentía realmente seguro. Después de una década de matrimonio, la seguridad es un estado tanto o más valioso que el estímulo intelectual o el deseo sexual. Tengo cuarenta y tres años, empiezo a valorar esa clase de cosas. Por lo demás, el futuro se ha ido angostando hasta volverse visible: una franja de tiempo que en teoría es menor a lo que viví y en la que ya no hay lugar para lo que me gustaría vivir. En esas cosas pensé, desordenadamente.

Cuando volví a mirar Diana estaba sola.

No podía decirle que lo había visto todo. Pero si dejaba que me lo dijera ella no podría evitar la indignidad de fingir sorpresa, violencia o desesperación. ¿Era mejor decirle que había sido un cobarde, que había estado todo el tiempo ahí? ¿Eso hubiera sido el fin de mi vida con Diana, con Julián, hubiera sido el final de lo que vine a buscar? Eché un último vistazo hacia adentro y supe que lo que haría era aplazar el engaño.

Diana estaba bien. Había una cierta vitalidad tranquilizadora en la forma en que se levantó y se sentó en la cama, e incluso durante los pocos segundos que permaneció quieta, pensativa, con las manos sobre las piernas, como decidiendo si terminaba de levantarse o empezaba a llorar. ¿Estaba pensando en hacer la denuncia –Diana es una autora de libros infantiles bastante famosa; su violación podía resultar el tema del mes–, pensaba en ella, en mí, en cómo me lo diría a mí? Negó en silencio con

la cabeza como si efectivamente hubiera algo que pensar y ella acabara de hacerlo, de repasar y rearmar los momentos previos al ataque de la misma forma en que ahora lo hago yo, aunque incluso en aquel momento me pareció evidente que su repaso iba más allá que el mío, un mero reborde en la cerradura. Tuve la impresión de que estaba menos angustiada que enojada. De pronto se estremeció, se estremeció brevemente, como si algo la hubiera asqueado, y su pie izquierdo, que hasta ese momento estaba apoyado sobre la punta de los dedos, se deslizó hacia adelante y pisó el suelo con fuerza, revolviéndose y acomodándose como en un mundo nuevo. Después de unos segundos de inmovilidad se apoyó en ese pie para levantarse, agarró el vestido y salió del cuarto a paso rápido.

Me aparté de la ventana y volví por donde había llegado. Eran las cuatro de la tarde. A las cinco Julián salía del colegio. Diana y yo habíamos acordado que esa tarde iría a buscarlo ella. Sabía que Diana no sería capaz de ir y que de un momento a otro me llamaría para pedirme que lo hiciera yo, y me vino a la mente —*cayó* en mi mente, como una piedra, provocando un oleaje que bañó de terror las costas en miniatura de mi vida— la imagen de Julián entrando por primera vez al departamento que alquilé cuando Diana y yo nos separamos, dos años atrás.

—Me gustan las cosas nuevas. Me gusta ese árbol —dijo.

“Lo nuevo” estaba referido al hecho de que el departamento *era* nuevo: fui el primer inquilino que vivió allí. “El árbol” era un viejo paraíso ennegrecido y en aquel momento —invierno— sin hojas: la copa, una red de ramas retorcidas, con nudillos inflamados y cortezas reseca y ahuecadas, daba de lleno sobre la ventana del living, como un espectro: prometía para el verano, ya florecido, el alivio de su sombra, pero en ese momento no era más que una sombra en sí mismo. La aprobación de Julián me conmovió.

Recién entonces –curiosamente, porque Diana y yo habíamos hablado de separarnos durante meses– caí en la cuenta de que ya no vivía con él.

Mi hijo, el ser más amado, el hombrecito que sostenía el sentido del mundo, se sentó en el suelo, ajeno a mi angustia, y sacó de la mochila del colegio una nave espacial sin cabina, sin puertas, completamente sellada, con luces titilantes en las alas. Después metió de nuevo la mano en la mochila, revolvió un poco (los niños confían en el tacto y en la vista por igual, pero le dejan las tareas más fáciles al tacto) y sacó un superhéroe inarticulado y demasiado grande para la nave. A pesar de todas esas dificultades –la nave pequeña y sellada y el superhéroe inmenso– los acopló con la misma fluidez con la que él mismo prometía acoplarse a la nueva situación. Lo único que tuvo que hacer para que el juego resultara exitoso fue un sonido de turbinas con la boca, y creer en él.

No me alejé de la casa; caminé por los alrededores, aturdido como alguien que vaga sin rumbo por entre las ruinas en el lugar de un atentado. Hasta que Diana llamó a mi celular y me preguntó si podía ir a buscar a Julián. Se disculpó por llamarme a último momento. ¿Llegaba? Le dije que sí y le pregunté qué había pasado.

Diana hizo una pausa.

Esperé su respuesta con la ansiedad de un paciente que acaba de entregarle a su oncólogo un sobre con los resultados de un chequeo de rutina, con la expectativa de un adicto que es dejado a solas junto a un mueble con muchos cajoncitos.

—¿Pasa algo? —repetí.

—Me llamó Elisa —dijo por fin. Ningún signo en la voz, ninguna fisura—. Quiere verme y le dije que sí, parece urgente.

De modo que no pensaba decírmelo, al menos por el momento.

—Diana... —vacilé. Me cuesta escribir lo que dije; fue un susurro, pero en el tono hubo montañas de complicidad y un lago de dolor

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA